

El desafío de la paternidad

Reflexiones
sobre el sacerdocio



Massimo
Camisasca

ediciones
EE
encuentro

R E L I G I Ó N

Ensayos
257
Religión

MASSIMO CAMISASCA

El desafío de la paternidad

Reflexiones sobre el sacerdocio

Encuentro
Ediciones **E**

Título original:
La sfida della paternità. Riflessioni sul sacerdozio

© 2003, Edizioni San Paolo s.r.l.

© 2005 Ediciones Encuentro S. A., Madrid

Traducción
Miriam García de la Viuda

Revisión
Luis Miguel Hernández

Diseño de la colección: E. Rebull

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Cedaceros, 3-2º - 28014 Madrid - Tel. 91 532 26 07
www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	7
I. SACERDOCIO	9
Vocación	9
El siervo	14
Siervo de Cristo y del Padre	16
Siervo del pueblo cristiano	19
En la escuela de Cristo	23
Anuncio y educación	25
Grandeza del sacerdocio	28
La formación sacerdotal	33
Apéndice: Una lectura de <i>Presbyterorum ordinis</i> ..	39
II. OBEDIENCIA	47
Ser generados	47
Entregarse uno mismo	52
Paternidad como obediencia al otro	55
Generación común	57

III. POBREZA	61
Una posesión redentora	61
Luminosidad de la pobreza	65
Educación a la pobreza	66
IV. VIRGINIDAD	71
El vértice de lo humano	71
Las raíces de la virginidad	73
Experiencia vertiginosa	74
Sacrificio	76
Elección	78
Preferencia	80
Preferir a Cristo	83
Virginidad hacia uno mismo	85
V. SEXUALIDAD	89
Encuentro entre terreno y divino	89
Un don para ser vivido con responsabilidad	92
La relación con el otro sexo	95
Virginidad y fecundidad	99
Glorificación de los sentidos	100
VI. EL DESAFÍO DE LA PATERNIDAD	103
Una mirada al presente	103
¿Qué paternidad?	106
El fundamento de toda paternidad	111
Llamados a ser padres en la Iglesia	114

PRÓLOGO

Este libro recoge algunas lecciones que he impartido a los seminaristas y sacerdotes de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de san Carlos Borromeo, una comunidad que nació en 1985 del carisma de Comunión y Liberación. La Fraternidad cuenta hoy con noventa miembros definitivos y treinta seminaristas. Los he guiado como superior desde el principio y, por eso, he podido hablar a mis hermanos, grandes y pequeños, en muchísimas ocasiones. Con un único objetivo: su educación y la mía.

Quisiera ofrecer ahora, a quien esté interesado, una pequeña parte de mis intervenciones que he agrupado en torno al tema de la vida sacerdotal.

En particular, el primer capítulo recoge algunas reflexiones sobre el sacerdocio y sobre su lugar en la Iglesia y en la vida de los hombres. Una segunda parte (capítulos segundo, tercero y cuarto) representa las líneas esenciales de la educación hacia las dimensiones fundamentales de la vida cristiana (obediencia, pobreza, virginidad), que en su día me fascinaron a través de las enseñanzas de don Giussani. Finalmente, una tercera parte (capítulos quinto y sexto) está dedicada a los temas de la paternidad y de la sexualidad.

Espero ofrecer un material de meditación para quien, de este modo, se convertirá en un compañero de camino.

I

SACERDOCIO

Vocación

Dios da a cada hombre una única vocación y cada uno está llamado a recuperar el sentido unitario de su propia vida. No existen varias vocaciones que se van sumando unas a otras, no existen diferentes llamadas en la vida de un hombre: existe una única vocación para cada uno. Dios no ha pensado en mí primero como ser vivo, después como cristiano y por último como sacerdote. Si yo, en un determinado momento, sentí como verdadera para mí la vocación sacerdotal, fue porque la presentí, no como una opción entre otras, sino como el modo en que Cristo quería que lo siguiera. Dios no pensó en mi madre primero como persona a la que dar la vida, después como cristiana y, por último, como mujer que encontraría a mi padre. Cuando Dios piensa en cómo será nuestro rostro, piensa en él en su plenitud, aunque éste se realice después en cada uno de nosotros como descubrimiento progresivo, necesariamente a lo largo del tiempo. Y cada uno de nosotros vive la experiencia de su propia libertad como posibilidad de adecuación a la voluntad del Padre, a la voluntad de Dios.

Este descubrimiento progresivo de nuestro destino personal se produce normalmente a través de la fatiga y del dolor. A menudo, es el sufrimiento quien nos guía hacia el conocimiento verdadero. Nosotros llegamos a entender como si uniéramos las piezas de un puzzle o entrelazáramos las líneas de un dibujo. Pero en Dios no hay progresión: él tiene bien claro cuál es nuestro rostro y espera con paciencia que se desvele ante nuestros ojos lentamente, incluso a veces a través de contradicciones, zigzag, cambios de idea. Por eso, no debemos cometer el error de pensar, por ejemplo, que lo que contradice o parece contradecir nuestro camino un instante, lo ha de contradecir radicalmente. Es sólo un momento de oscuridad, que necesitamos para enamorarnos de la luz una vez más, para volver a encontrarla, para caminar con más decisión dentro de ella y hacia ella. A través de este «caminar a tientas» (cf. Hch 17,27), madura el camino de nuestra libertad.

La existencia es la progresiva revelación del designio de bien que Dios tiene sobre nuestra vida. Tener esta conciencia vuelve nuestra existencia realmente fascinante, centrada en la única verdad que permanece, que le da sentido y que nos permite atravesar las dificultades, comprender las pruebas y, sobre todo, aceptarlas.

Ahora bien, existe un hecho en el que se ha dicho la palabra total y definitiva sobre nuestra vida. Se llama bautismo.

Es imposible comprender la vocación sacerdotal, y cualquier otra vocación, si no la consideramos como la modalidad con la que Cristo llama a vivir el bautismo. El sacramento del orden sacerdotal y el sacramento del matrimonio radican y se comprenden sólo como florecimiento del bau-

tismo. Éste hace nacer en el mundo a un hombre nuevo y todo en la Iglesia está en función de él.

San Pablo afirmó esto repetidas veces con perentoriedad y conmoción. Por ejemplo, cuando después de haber discutido sobre la liberación de la ley, escribe: «¿O es que ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así nosotros también vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante» (Rm 6,3-5). En la acción del bautismo, también nosotros hemos sido sepultados, unidos a Cristo en la muerte y, en ese sentido, hemos sido «asimilados» a su muerte. Toda la vida es el desarrollo de esta asimilación, aunque a veces nuestra experiencia de ella sea dura y suframos la tentación de rechazarla. Pero ésta es la experiencia que hemos empezado en el bautismo, de modo que nosotros, que estamos unidos a él en su muerte, lo estaremos también en su resurrección.

¿Qué es, concretamente, esta experiencia de muerte? Y, ¿por qué aparece en nosotros, desde el punto de vista ontológico, incluso antes que psicológico, como experiencia de muerte? Es la experiencia de muerte del «hombre viejo»: con el bautismo muere en nosotros el hombre viejo, el hombre que vive la triple prisión del pecado, de la muerte y de la ley (cf. Rm 6,6-7,6). En el bautismo, que es la muerte de Cristo, el hombre viejo es crucificado y en él es crucificada esta triple esclavitud. Pero Cristo muerto ha resucitado: «Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros estaremos uni-

dos a él en la resurrección» (Rm 6,4-5). Viviremos con él y no moriremos más: «Cristo resucitado de entre los muertos ya no morirá; y la muerte no tiene ya señorío sobre él» (Rm 6,9). Éste es el «hombre nuevo», según la expresión de san Pablo (cf. Ef 2,14-15; 4,20-24), el hombre libre, el hombre que ha sido liberado. Y ésta es la vocación cristiana, la vocación a la libertad: «Porque habéis sido llamados a la libertad» (Ga 5,13). Aunque permanezca en nosotros todavía la experiencia de la muerte, ésta ya no es una pesadilla que marca la existencia, porque la muerte ya no es una palabra definitiva. La existencia ya no está marcada por la esclavitud del pecado, porque somos perdonados, y ya no está marcada por la esclavitud de la ley, porque somos liberados de ella.

Ésta es, por tanto, la vocación cristiana. Y se manifiesta en el tiempo como pertenencia a Cristo: «En efecto, todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo» (Ga 3,27). Entonces, ¿qué nace en lugar del hombre viejo? ¿Cuál es nuestra nueva identidad, que sustituye a la del hombre esclavo de la muerte, del pecado y de la ley? Es Cristo mismo, a pesar de todo lo sorprendente que pueda parecer esta respuesta. Cristo entra en nuestra vida, asimilándola a la suya. Lo afirma san Pablo en el pasaje que evocaba antes: «Todos los bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego [identidad étnica]; ni esclavo ni libre [identidad social]; ni hombre ni mujer [identidad sexual]; ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Ga 3,27-28). En una sola frase se dicen dos cosas: vuestra identidad ya no viene definida por criterios étnicos, sociales o sexuales, sino por la persona de Cristo que os ha asimilado a él mismo; y, por eso, si todos os habéis asimilado a Cristo, sois una sola persona.

Es muy interesante cómo Pablo concluye este discurso: «Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa» (Ga 3,29). Esto significa que del bautismo nacen juntos un hombre nuevo y un pueblo nuevo. Pablo lo subraya en otro pasaje: «Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo» (1 Cor 12,13). En sus cartas, siempre es simultáneo la percepción de un nuevo nacimiento personal y de un nuevo nacimiento social. La vocación cristiana es el descubrimiento de la propia identidad y de la propia pertenencia a un pueblo nuevo.

En el Evangelio de san Juan, es Jesús mismo quien describe este fenómeno a lo largo de la conversación con Nicodemo (Jn 3,1-21). Quien ha estado en determinadas regiones del mundo —me estoy acordando de Siberia— puede entender mejor la comparación de Jesús, que se inspira en la experiencia de un ambiente natural donde el viento, no encontrando obstáculos, crea de repente situaciones nuevas. Aquí aparece realmente el viento como una fuerza generadora. No sabes de dónde viene, no sabes adónde lleva, pero te das cuenta —¡y de qué manera!— de sus consecuencias. Algo parecido sucede en el bautismo: no sabes de dónde viene, porque este nacimiento viene de lo alto, es decir, lleva dentro de la vida natural otro origen. El hombre nuevo mantiene todos los aspectos de la personalidad natural, nacida de un hombre y una mujer: su inteligencia, su afectividad, su pasión y su capacidad de trabajo, junto con sus debilidades. Y, sin embargo, todo esto viene transformado por otro principio de vida. No se trata simplemente de una finalidad diferente para las propias energías personales, sino de una raíz nueva, que difunde una savia distinta por todos los aspectos de la personalidad.

La vocación cristiana está definida por el nuevo nacimiento que el bautismo realiza. El hombre nuevo está llamado a seguir a Cristo y a descubrir ante él la propia identidad. No de una forma genérica, sino como descubrimiento del «color» de la propia pertenencia específica a la persona de Jesús y al pueblo nuevo que ha nacido de él.

Así, si un hombre nuevo es llamado al ministerio sacerdotal, este ministerio es para él el camino en el que madura su bautismo, su vocación laica, su vocación cristiana¹. Sin embargo, el sacerdocio ordenado se irá desvelando a lo largo del tiempo ante sus ojos incluso en su bien delimitada particularidad. En una carta del 26 de diciembre de 1896, santa Teresa de Lisieux escribía a un seminarista: «Su parte es realmente hermosa porque es la parte que Jesús eligió para él»². He aquí lo que el sacerdocio ordenado realiza: una identificación particular con la misión de Cristo.

El siervo

Si pienso en una expresión que sea capaz de resumir mi experiencia sacerdotal —teniendo en cuenta todos los límites que pueden más o menos marcar cualquier síntesis— no puedo dejar de referirme a la palabra «siervo». He llegado a

¹ Todo esto no significa que no exista diferencia entre el sacerdocio generado por el bautismo y sacerdocio ordenado. Es más, la tradición de la Iglesia ha afirmado siempre —también el concilio Vaticano II lo ha confirmado— una diferencia no sólo de grado sino de esencia entre ellas. Cf. por ejemplo, Concilio ecuménico Vaticano II, *Lumen gentium*, 10.

² Santa Teresa de Lisieux, «Lettera 184», en *Gli scritti*, OCD, Roma 1998, pp. 705-708.

esta palabra superando una fuerte y persistente antipatía, sobre todo, por el uso que en los años sesenta y setenta se hacía de estos términos («siervo», «servir») dentro de la Iglesia, en clave sociológica. Vistas con una profundidad diferente, las palabras «siervo» y «servicio» pueden iluminar la esencia misma del sacerdocio.

Éstas expresan la relatividad a un señor, a aquel de quien se depende, a aquel a quien se pertenece, más allá de la relatividad a una tarea que es preciso desempeñar. Jesús mismo, cuando explicaba la palabra «siervo» —que, entre otras cosas, usaba a menudo para describir la naturaleza de nuestra relación con él—, decía que el siervo no conoce los secretos de su señor, sabe sólo lo que el amo le dice o le pide que haga; y añadía que a nosotros ya no nos iba a llamar siervos, sino amigos, porque nos iba a introducir al conocimiento de todos los secretos (cf. Jn 15,15). Lejos de contradecir el uso de la palabra «siervo», precisamente esta expresión de Jesús («no os llamo siervos, sino amigos»), la refuerza y nos permite entrar en el fundamento cristológico del sacerdocio y, con más profundidad aún, en su fundamento trinitario. De hecho, la palabra «siervo» expresa la relatividad del sacerdote a la persona de Cristo y, al mismo tiempo, la relatividad de Cristo al Padre. Esta palabra revela también, si bien en extrema síntesis, el fundamento eclesiológico del sacerdocio, porque habla de la relatividad del sacerdote al pueblo, del que es siervo. Por todas estas razones, desde que la descubrí —puede que haya sido la lectura de san Agustín la que haya favorecido en mí esta preferencia—, la he sentido siempre como extremadamente importante para comprender lo que he vivido.

Siervo de Cristo y del Padre

Mis reflexiones quieren ahora desarrollar este triple tema: el fundamento trinitario, cristológico y eclesiológico de la palabra «siervo» en la acepción del sacerdocio ministerial. El cardenal Ratzinger, en la comunicación que pronunció durante el simposio organizado con motivo del trigésimo aniversario de *Presbyterorum ordinis* en 1995, centró toda su reflexión en este tema³. El documento conciliar habla de una connotación esencialmente relacional de la identidad del sacerdote⁴ y Ratzinger observa que el concepto de siervo es, efectivamente, relacional: uno es siervo en relación a otro. «Si el sacerdote viene definido como el siervo de Jesucristo, esto quiere decir que su existencia está determinada esencialmente como relacional (...). El sacerdote es servidor de Cristo por ser, a partir de él, por él y con él, servidor de los hombres»⁵.

Así pues, la palabra «siervo» indica una relación con Cristo, relación que Ratzinger pasa a explicar a través de una reflexión sobre el tema del carácter. ¿Qué significa el carácter imborrable que viene impreso en la persona del sacerdote en el momento de su ordenación? Indica su pertenencia, su relatividad a Cristo. La relatividad a Cristo por una tarea. El carácter sacerdotal significa que en adelante esa persona ya no se pertenece a sí misma, ya no puede disponer de sí misma porque, desde ese momento, su vida es

³ Cf. J. Ratzinger, «Il ministero e la vita dei presbiteri», en *Studi Cattolici*, 423 (mayo, 1996), pp. 324-332.

⁴ Cf. Concilio ecuménico Vaticano II, *Presbyterorum ordinis*, 12.

⁵ J. Ratzinger, «Il ministero...», op. cit, p. 327.

«Este libro recoge algunas lecciones que he impartido a los seminaristas y sacerdotes de la Fraternidad Sacerdotal de los Misioneros de san Carlos Borromeo, una comunidad que nació en 1985 del carisma de Comunión y Liberación. La Fraternidad cuenta hoy con noventa miembros definitivos y treinta seminaristas. Los he guiado como superior desde el principio y, por eso, he podido hablar a mis hermanos, grandes y pequeños [...].

Quisiera ofrecer ahora [...] una pequeña parte de mis intervenciones que he agrupado en torno al tema de la vida sacerdotal. En particular, el primer capítulo recoge algunas reflexiones sobre el sacerdocio y sobre su lugar en la Iglesia y en la vida de los hombres. Una segunda parte (capítulos segundo, tercero y cuarto) representa las líneas esenciales de la educación hacia las dimensiones fundamentales de la vida cristiana (obediencia, pobreza, virginidad) [...]. Finalmente, una tercera parte (capítulos quinto y sexto) está dedicada a los temas de la paternidad y de la sexualidad» (del *Prólogo* del autor).

La obra nace del carisma de Comunión y Liberación, pero se dirige a todos los sacerdotes y fieles cristianos que deseen tomarse en serio las palabras de Cristo que nos invitan a seguirle, a la santidad.

ISBN 84-7490-132-4



encuentro
EE
religión